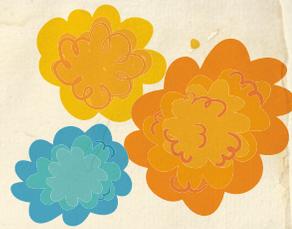




LOS DOS CIRIOS

AUTOR: Julio Eduardo Manzano Bizuet



El protagonista de esta leyenda fue un joven oaxaqueño de figura delgada, siempre bien vestido con trajes de levita y sombrero de copa, su nombre era Juan Méndez. Con sólo 19 años fue testigo de las postrimerías del siglo XIX, pero también a esa edad, tuvo que sufrir la muerte de sus progenitores, quienes siempre le brindaron todo lo que pudieron; empero, tanta opulencia lo convirtieron en una persona frívola, despilfarradora, ajena a la compasión humana.

Una noche de octubre, Juan se reunió con amistades en una taberna para jugar y beber. Uno de los amigos le comentó al grupo, que había escuchado que quien se atrevía a colocarse las chinguiñas de los perros en los ojos, en la noche podía ver lo que los canes observaban, incluso fantasmas o cualquier otra entidad no humana. Juan echó a reír y dijo que él no creía en esas patrañas, los demás amigos dijeron que con esas cosas no se jugaba y que mejor no tentarían al destino; pero Juan aprovechó que sus amigos estaban muy eufóricos por aquel relato, les propuso lo siguiente: —Si me pagan \$1000.00 pesos entre todos, me “pongo” las chinguiñas del perro.

— Estás loco, mejor vámonos..., ya estás borracho.

Pero Juan insistió hasta que los convenció para que cada uno aportara \$200.00 pesos. Los amigos expresaron que el próximo 1 de noviembre, el Día de Muertos, después de visitar el panteón, como a las 19:00 horas, acudirían a la casa de Juan para comprobar que se pusiera las lagañas del perro.

A Juan le urgía que llegara la fecha porque necesitaba ese dinero para cubrir sus deudas de juego, y continuar con su vida de excesos. En el inmueble donde vivía Juan, había un perro que perteneció a su padre. El pobre animal estaba en los huesos, tenía sarna y una pata lastimada, porque Juan nunca se ocupó de él.

Por fin llegó el día. Juan recibió a sus compinches, les ofreció de beber y cigarros. Juan les dijo a sus cinco amigos:

— Esperen voy por “Chiquilín”, así se llamaba el perro que le había dejado su padre como encomienda para cuidarlo.



“Chiquilín” no podía ni pararse de lo débil que estaba. Sus amigos al ver al perro expresaron indiferencia ante la presencia maltrecha del pobre animal. Juan, intencionalmente, le había retirado la comida y agua para que llorara y tuviera más secreción, y de esta forma demostrar a los amigos que no se trataba de una trampa.

Juan se embarró las lagañas de “Chiquilín” cerca de sus lagrimales, incluso pedazos de chinguiña se los colocó en las pestañas. Transcurrieron las horas, pero no sucedió nada, ni ruidos, ni fantasmas, ni apariciones.

Eran alrededor de las 22:00 horas, sin que sucediera alguna aparición; por lo que cada amigo le entregó a Juan \$200.00 pesos. Antes de despedir a sus amistades de farras, Juan se dirigió a su habitación para asearse la cara.

Juan ingresó a su habitación, pero justo antes de lavarse los ojos con agua de manzanilla para evitar alguna infección por las lagañas; de repente, escuchó en la calle un carruaje, el cual se detuvo cerca de la ventana. Juan volteó y vio una silueta humana.

Un caballero tocó el cristal de la ventana. Juan acudió al llamado, extendió las puertas hacia dentro para poder interactuar con ese extraño personaje. Aquel hombre vestía levita negra, con una capa que le rodeaba todo el cuerpo, además de un sombrero de copa; muy elegante para ser un carretonero. La sombra de la noche le ocultaba el rostro. Juan le preguntó:

—¿Qué desea?

El Caballero con una voz ronca le contó:

—Me encuentro lejos de mi destino, los caminos de por aquí son peligrosos, no quisiera que asaltaran mi mercancía, por lo que te pido me guardes dos cirios; mañana 2 de noviembre, aproximadamente, a la misma hora que hoy, pasaré por ellos.

Juan observó maliciosamente los cirios, los cuales eran blancos muy bien elaborados, notó que tenían incrustaciones y decoraciones de oro, eran muy pesados de lo normal. Por lo que Juan le preguntó:



— ¿Por qué pesaban tanto?

El caballero oscuro le comentó que:

— En su interior había una varilla de oro para evitar que se rompieran.

Al saber esto, Juan se apresuró a tomarlos y guardarlos debajo de la cama, porque pensó que en caso de que aquel hombre no pasará por ellos, podría venderlos al mejor postor. Finalmente, el caballero se despidió diciendo:

—Resguarda muy bien los cirios, su valor es incalculable. Me costó mucho trabajo recuperarlos porque no me los querían entregar...

Uno de los amigos de Juan ingresó a la habitación. Le preguntó:— ¿Con quién hablas? — Juan le respondió:

— Con un caballero que me dejó unos cirios, algo sin importancia. El amigo de Juan no le preguntó más.

Los amigos de Juan se despidieron y Juan se aseó la cara. Al día siguiente, todo permaneció en calma, Juan como de costumbre salió de su casa al medio día para recorrer el zócalo, posteriormente, ir a la taberna. Cuando comenzó a caer la oscuridad de la noche, Juan regresó a su casa, a diferencia de otras ocasiones, cenó y planeó dormir más temprano.

Juan decidió retirarse a su habitación para descansar, pero, aproximadamente, a las 22:00 horas, escuchó aquella carreta, por lo que recordó que los cirios se encontraban debajo de la cama. De repente una silueta oscura se apareció en la ventana, y una mano cadavérica tocó el cristal de una de las ventanas. Juan recordó el “tesoro” que se encontraba debajo de la cama. Pensó en no acudir al llamado, pero los “toquidos” fueron cada vez más intensos, incluso las puertas del ventanal se azotaban escandalosamente como si se tratara de una ventisca provocada por una tormenta.

Fue tanta la insistencia de aquella sombra que se posó delante de la ventana, que Juan decidió entregarle los cirios, pero justo cuando extendió su mano para jalarlos y levantarlos, notó que eran muy delgados, estaban fríos, además su textura era



regular y lisa. Le llamó la atención que uno de los “cirios” tuviera una protuberancia en uno de sus extremos.

Finalmente, sacó los supuestos cirios que se encontraban debajo de su cama, pero al verlos, su sangre se heló, sintió como un escalofrío le recorrió del cuello al cuero cabelludo, erizando cada cabello negro que tenía en la cabeza.

No se trataba de cirios, eran dos huesos largos que tienen todos los humanos en las extremidades inferiores: eran fémures. El ente que se encontraba en la calle, comenzó a agitar las ventanas con más fuerza; fue en ese momento que Juan escuchó claramente una voz del inframundo que decía: —Juan, devuélveme lo que te deje a guardar...

Juan corrió hacia la ventana para entregar los huesos, pero al abrir los ventanales observó a un ser con cara grotesca, hinchada, cuyo color era más rojo que la sangre; sobresalía un bigote espeso y desaliñado; cabello negro, sin sombrero. Las manos de aquel ser también eran del mismo color rojo del rostro, con unas garras puntiagudas de color negro; no calzaba botas, sino que tenía una pata de gallina y una de cabra. Vestía una levita color negro.

Juan al ver aquella entidad malévola, alcanzó a arrojar los huesos a la calle, pero al aventarlos, éstos se pulverizaron. Inmediatamente, cerró las ventanas, se tapó los ojos y oídos, perdió el conocimiento.

A la mañana siguiente, cuando Juan despertó, se incorporó de su cama, recordó aquel encuentro con aquel ente, pensó que todo había sido una pesadilla; inmediatamente, se asomó debajo de la cama para asegurarse que no había nada, pero ahí estaban los huesos que había arrojado a la calle la noche anterior.

Fueron 10 días que aquel ente visitó a Juan, cada noche azotaba la ventana para ingresar a la habitación, nadie más oía aquel escándalo, nadie más veía aquella escena macabra.

Al tercer día de lo ocurrido Juan dejó de comer, su cuerpo resistió sólo siete días más de aquella visita, finalmente murió.